

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FRANCISCO GALOFRE Y OLLER



Un buen pintor, cuyas dotes de inspiración y buen gusto le dieron un premio justo por una *Penal de azotes*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XVIII, por Angel R. Chaves.—Los ángeles malos, por José Estremera.—Cosas, por Antonio Peña y Goñi.—¿Qué tonterías se sueñan! por Juan Pérez Zúñiga.—No trasnocharás, por Antonio Sánchez Pérez.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Francisco Galofre y Oller.—Actualidades.—Anuncios, por Cilla.



La infantería española ha celebrado grandes fiestas en honor de la Purísima.

Ha habido retreta, función religiosa, corrida de toros y banquete monstruo en la nueva estación del Mediodía, adornada con tapices, banderas y flores. El efecto resultó brillante, y el banquete muy bien servido por los dueños del Café Inglés.

Nosotros estuvimos allí en clase de espectadores, porque, como es natural, sólo tenían derecho á sentarse á la mesa los jefes y oficiales del arma; pero no faltó una mano amiga que nos brindase con el rico salmón, la inocente y tierna perdiz y el espumoso *si que* también alegre champagne.

En fin, que hemos sacado algo.

Una comisión de oficiales saludó á Matías Padilla, el distinguido escritor y teniente coronel, en estas ó parecidas frases:

—Saludamos en usted á la prensa española.

Padilla bebió en nombre de todos nosotros, devolviendo el cordial saludo á aquellos simpáticos hijos de Marte. Después fuimos obsequiados galantemente por dichos señores, que brindaron por el periodismo, y MADRID CÓMICO les devuelve el obsequio lleno de gratitud.

¡Viva la infantería española!

* *

A pesar del frío, la fiesta resultó brillantísima y animada. Entre los comensales había alguno que daba rienda suelta á la expansión, estrechando entre sus brazos al antiguo compañero á quien volvía á ver después de muchos años de ausencia.

—¿Cómo? ¿eres tú? ¡Garrigues! ¿Dónde estás ahora?

—En Cazadores de Baza. ¿Y tú?

—En la Reserva de Lugo.

—¡Aprieta!

—¡Pero chico! ¿Qué joven estás! ¿Y Mariquita?

—¿Quién? ¿Mi esposa? No me lo recuerdes: se me murió.

—¡Demontre!

—Sí; en Castellfullit, de un cólico.

—¿Miserere?

—No, de tomate.

Unos se entregaban á los dulces recuerdos del tiempo pasado, otros comían silenciosamente, y alguno preguntaba á su colateral:

—¿No es usted Martínez? ¿No estuvo usted en Pamplona el año 74?

—Sí, señor.

—¿No se acuerda usted de mí?

—Sí; creo recordar...

—Yo soy aquel alférez de la sexta del segundo que tuvo unas palabras con la señora del comandante Gutiérrez. ¿Se acuerda usted?

—Pues ya lo creo. ¡Vengan esos brazos! ¡Vaya, vaya! Pero hombre, ¿es usted teniente aún?

—Sí, señor; teniente crónico, como los catarros.

—¿Y eso?

—Pues nada; yo me casé, ¿se hace usted cargo? y mi esposa, que es de Cavite, no quiere salir de Vélez Málaga, porque dice que en todos los demás puntos se enfria. ¿Se hace usted cargo? De manera que me postergué por mi mismo.

—¡Vaya, hombre, vaya!

—Ya veo que usted ha ascendido bastante.

—¡Hombre, es natural! Yo estuve en Puente la Reina, y me dieron dos bayonetazos en este muslo; después pasé á Puerto Príncipe, y me volvieron á herir en el mismo sitio; luego pedí para Joló, y los moros me tiraron por un precipicio.

—Pues acompaño á usted en el sentimiento. ¿Y se ha casado usted?

—¿Casarme yo? ¡Ca, hombre! Yo vivo solo, con el asistente y dos cotorras que me traje de América.

—¿Qué suerte tiene usted!

—La verdad es que no puedo quejarme, porque las cotorras me han salido muy buenas. ¡Hombre! ¿Qué habrá sido de aquel capellán que tuvimos en Covadonga?

—¿Quién? ¿Don Sisenando? Pues se cortó la cabeza.

—¿Cómo?

—Quiero decir que dejó el ejército y se metió á capellán de una marquesa viuda; pero, amigo, la marquesa se confesaba todos los días, y él adquirió tal pasión de ánimo, que un día se lo encontraron tieso debajo de una consola.

—¡Pobrecito! ¿Qué bien jugaba al julepe!

—Sí, señor. ¡Y cómo comía aquel hombre! Me acuerdo que en Vitoria, el año 76, se comió él solo, por una apuesta, siete duros y medio de judías estofadas.

Recordando sus antiguas amistades y extendiéndose en todo género de consideraciones acerca de la vida militar, muchos camaradas vieron deslizarse plácidas las horas que duró el banquete.

Al final, pronunciáronse discursos que rebotaban entusiasmo y se acordó destinar un día de haber en beneficio del Colegio de Huérfanos de Aranjuez.

En fin, bien pueden estar satisfechos de sus fiestas los simpáticos infantes españoles, como lo estamos nosotros de su atención, no por lo inmerecida menos estimada.

* *

Pero no hay dicha completa, porque ahora resulta que se ha suprimido la leche de almendra con que obsequiaban á sus parroquianos los mozos de café.

De modo que este año nos veremos huérfanos de protección y tendremos que renunciar á aquel líquido delicioso, semejante en el color (y aun en el sabor) al agua de vegeto.

El que quiera tomar la tan reputada sopa de almendra, tendrá que hacérsela por sí mismo, y esto preocupa hondamente á muchas señoras de su casa, que dicen á sus esposos, llenas de indignación:

—¿De qué te sirve ir al café todos los días? ¿de qué? ¡Vaya una falta de consideración con los parroquianos! ¡Jesús! ¿Cómo se está poniendo todo! Pero ¿qué vamos á esperar de un país en que dejan cesante á Linares Rivas? ¡Un hombre tau guapol!...

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XVIII

Aunque pudiera decirse que me llamo Pedro apenas, es decir, que casi casi no soy autor de comedias; como al fin he escrito algunas que, aunque no muchas ni buenas, es lo cierto que han pasado desde mi mente á la escena; por más que parezca orgullo, voy á exponer el sistema que, á diferencia de ustedes, tengo yo para no hacerlas.

Pues es el caso que hay días en que me asalta la idea, no de una pieza en un acto, de un drama ó una tragedia, sino un tenaz pensamiento que á mi cerebro se aferra

y que gritándome: «¡Escribe!» ni á sol ni á sombra me deja. ¿Y qué voy á hacer? pregunto... El periodismo me aterra, los versos producen poco, me da miedo la novela. ¿Revistas de toros?... Pase. Pero ¿cómica competencia voy á sostener con Cavia, con Palacio ó con La Serna? Vaya, vaya, á decidirse... Yo no llegaré á Estremera, á Burgos, Luceño, Ramos, Vital, Manzano ni Vega. Pero... ¡qué demonios! otros que no son ellos estrenan y cobran unos trimestres que yo para mí quisiera... Desde mañana me pongo.

á pensar... ¿Quién no planea en una semana un acto? Y hecho el plan, la cosa es hecha. Y pienso, vaya si pienso. Pero aquí se me atraviesa una corrida de toros, allá salta una jaqueca. Hoy hace un soberbio día, mañana un frío que hiela. Y como el que para ahorcarse ningún árbol bueno encuentra, pensando en que pasar debo, dan asilo á mi pereza el Diván, el Inglés, Fornos, el Pinar, ú otro cualquiera de esos sabrosos lugares en que á cualquier hora encuentran la ociosidad mesa franca y el mal decir casa abierta. Y claro, como transcurre así una semana y treinta sin que del plan de que hablaba tenga ni asomo siquiera, un día al fin me decido, voy á ver á Torres Reina y le digo muy furioso: «Pero usted en qué diablos piensa? ¿Trabajamos ó no?...» El hombre casi atónito se queda, unas veces se disculpa, otras veces balbucea. Y resultado inmediato una larga conferencia

en que se cuentan asuntos en que se esbozan ideas, en que se bosquejan tipos y hasta se apuntan escenas. Con lo cual, sin que se acuerde nunca una cosa concreta, nos separamos diciendo: «Antes de un mes, ¡á la empresa!» Y así pasa otro semestre, sin que ni yo á Torres vea, ni de todo lo que hablamos vuelva á ocuparme siquiera. Lo cual no quita que á todo el que de holgazán me increpa conteste: «Si estoy con Torres acabando una zarzuela.»

Éste es, amigo Sinesio, después de todo, el sistema que sin querer he adoptado para no escribir comedias. Con ello no hay miedo alguno de que nada el arte pierda; pero yo pierdo el ganarme de seguro unas pesetas. Sin embargo, como opino que á algunos les conviniera en esto, tan sólo en esto, seguir mis humildes huellas, me he juzgado compelido por un deber de conciencia á dejar en estas líneas ormulada mi receta.

ÁNGEL R. CHAVES.

LOS ÁNGELES MALOS

Satán y Belcebú, ya sumergidos en los horribles antros del infierno, de arcángeles hermosos convertidos en monstruos de maldad y horror eterno, arrojados del cielo á aquel horrible plantel del mal, venero de dolores, rodeados de un fuego inextinguible que arde tenaz sin luz ni resplandores, y recordando, para más tormento, la paz perdida y la divina gracia, sin un consolador remordimiento, con rabia loca, con feroz audacia, «¡Guerra al cielo!»—gritaron—«es preciso que la serpiente, irguiendo la cabeza, tomé feroz venganza del que quiso humillar del arcángel la grandeza.»

Los gritos por los antros se extendían como débiles rayos de esperanza, y los ángeles malos repetían en himno aterrador: «¡Guerra y venganza!»

Mas, pasado el horrible paroxismo, de súbito cesaban en su anhelo, y volvían á hundirse en el abismo sintiéndose impotentes contra el cielo.

Desesperados ya, vieron un día llegar un mensajero de la tierra que con voces de júbilo decía:

—A las armas, precitos, haya guerra!

—¿Qué armas—dijo Satán—para la lucha podremos encontrar en el infierno?

¡No basta nuestra audacia, aun siendo mucha, para llegar al trono del Eterno!

—Salir pueden las huestes animosas—dijo el recién llegado—del abismo, porque tenemos armas poderosas.

—¿Quién nos las puede dar?

—El cielo mismo.

Yo os puedo asegurar que ya en la guerra ni aun falta os ha de hacer el valor vuestro. ¡Dios ha hecho á la mujer sobre la tierra!

—Pues ¡hurra!—gritó el coro,—¡el triunfo es nuestro!

JOSÉ ESTREMEIRA.

COSAS

Supongo que se enterarán ustedes á su debido tiempo del escándalo que se armó en el Teatro Real durante el ensayo general de *Los Hugonotes*.

El director de orquesta hizo una advertencia al primer tenor, advertencia que no tenía nada, absolutamente nada, de carácter mortificante para el artista, pero que hizo reír al numeroso público que asistía al espectáculo gratis con la olímpica tranquilidad que ustedes pueden suponer.

Terminó el acto segundo, subió el maestro al escenario y el tenor pretendió agredirle brutalmente. La que allí se armó no puede describirse. Si no llega á esconderse el tenor, hay una de *pópulo bárbaro*.

Total: que el maestro fué objeto de una manifestación cariñosísima, en la cual tomaron parte los profesores de orquesta, los coristas y el público; y que en cuanto el representante de la empresa, D. José Ferrer, pronunció un elocuentísimo discurso sintetizado en la siguiente exclamación: «¡Caballeros, que peligra el pan!», todo Dios se calló; todo el mundo hizo las paces, y el ensayo continuó después de haber dado el tenor las satisfacciones más cumplidas.

Ya comprenderán ustedes, desde luego, que no he tomado la pluma para hablarles del incidente en sí: 1.º, porque es fiambre, y 2.º, porque no quiero ni debo entrar en un terreno puramente personal.

Voy, pues, á dejar á un lado los efectos del escándalo y á hablar y comentar las causas que lo produjeron; porque hay en ello materia de estudio y ocasión para que se enteren ustedes de casos y cosas que seguramente ignoran.

Ante todo, ya lo han visto ustedes, las risas del público determinaron la mortificación del artista. Sin público, no hubiese ocurrido nada. El maestro hubiese podido hacer al cantante las advertencias que estimara oportunas—para eso ocupa el cargo de director—y, entre compañeros y á puerta cerrada, tal día hizo un año: no hubiese habido rozamiento ni, por ende, hubiérase producido un grave motín.

Pero ante un público gratis y que se ríe á mandíbula batiente cuando el director señala al cantante una torpeza, las cosas varían de aspecto, porque las carcajadas del *tifus* resultan una burla, y, quién más quién menos, se siente zaherido ante manifestaciones que no necesitan calificación.

Ahora bien, el sentido común aconseja que se prohíba en absoluto la entrada al público en un acto puramente privado y que sirve precisamente para corregir deslices, enmendar faltas y ponerlo todo á punto para la representación.

Esto se hace en París, en Milán, en Viena, en Berlín, en todos los teatros de Europa donde hay un adarme de formalidad.

¿Por qué no se hace aquí? Pregúntenselo á la comisión inspectora del Teatro Real.

Y ahora entramos en el punto palpitante de la cuestión, porque han de saber ustedes que el asunto de este articulejo va á ser precisamente esa comisión inspectora.

La creó con la mejor voluntad del mundo mi respetable amigo (perdonen ustedes este exceso de vanidad) el señor conde de Xiquena, para establecer activa vigilancia sobre el Teatro Real, tanto en la parte relativa á las necesidades materiales del edificio y dependencias, como en las operaciones artísticas del empresario.

Figuraron en la primera comisión los maestros Arrieta, Barbieri y Vázquez, los abonados señores marqueses de Bogaraya y de Távora y el general Ibarra y este átomo que tiene el honor de dirigirse á ustedes.

Mientras el conde de Xiquena ocupó el ministerio de Fomento todo fué bien, porque era el jefe, tenía confianza en la comisión y ésta se movía con la debida independencia.

Pero dejó el conde el ministerio y apareció un apreciable señor, ministerial de todos los ministerios, tan pronto oficial mayor como menor del de Fomento, absoluta nulidad como criterio artístico, pero atacado de la comezón de figurar en el seno de la comisión inspectora y de mangonear en ella: D. Manuel Flórez Calderón.

¿No lo conocen ustedes? ¡Lo creo! Porque es un caballero que bulle en la sombra y no tiene más ideal, por lo visto, que darse aires de gran personaje y lucir su frac y su corbata blanca en el palco de la comisión.

El caso es que el Sr. Flórez Calderón quiso hacer de la comisión inspectora una especie de feudo de su augusta propiedad; pero se encontró con la puerta cerrada.

El pigmeo se atrevió entonces con hombres como los maestros y abonados que citados quedan, y hasta trató de armarles una zancadilla, siendo el señor duque de Veragua ministro de Fomento.

Pero tuvimos el gusto de dar un revolcón mayúsculo á D. Basilio y de verle *avilito e calpestató* en el propio despacho de su jefe.

Estorbábamos indudablemente al bueno de D. Manuel, y como tiene un talismán inverosímil que le protege, y el apreciable señor ejerce sobre cuantos ministros ha habido en Fomento desde la entrada del partido conservador una presión inconcebible; fuimos relevados por D. Santos Isasa, y se nombró la actual comisión.

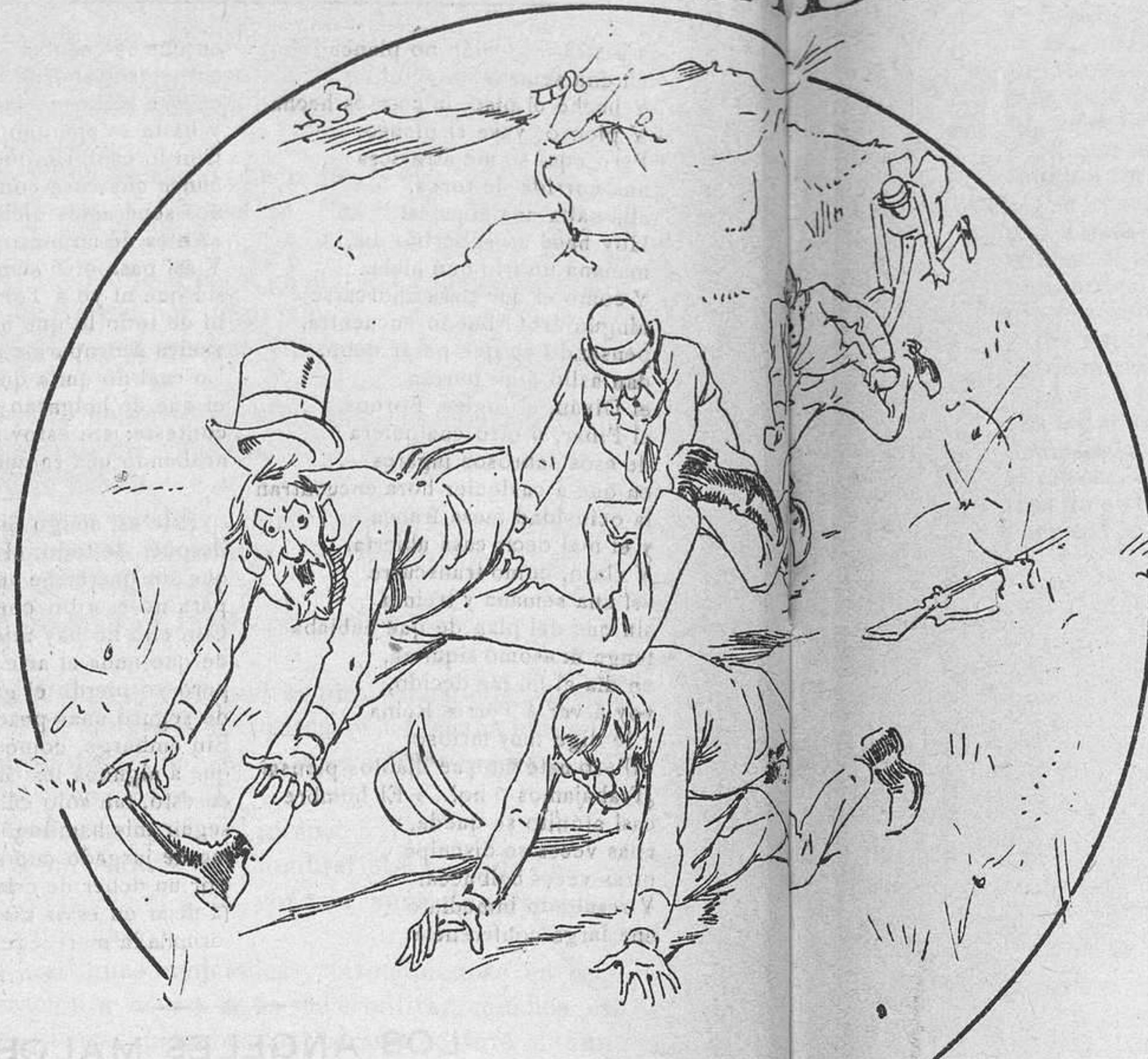
Y triunfó D. Manuel en toda la línea, y pudo darse nuevamente lustre y mangonear *a piacere* y lucir su frac, su corbata blanca y sus acerados bigotes en el palco que tiene á diario la comisión.

Una de las determinaciones que adoptó la comisión nombrada por el conde de Xiquena fué precisamente la de prohibir en absoluto la entrada del público en los ensayos generales, en previsión de casos como el que ocurrió hace unos cuantos días en el escenario del Teatro Real.

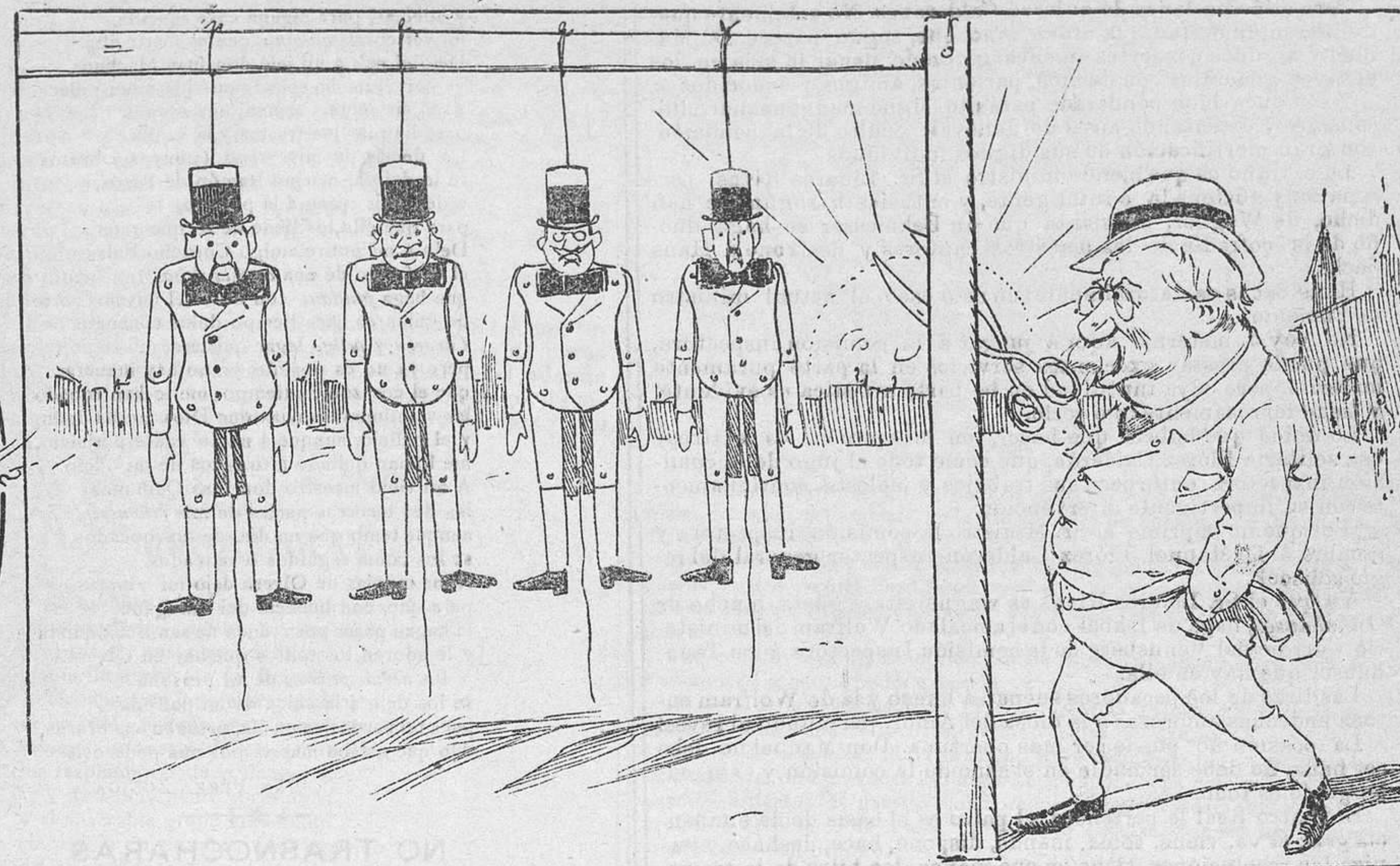
ACTUALIDADES



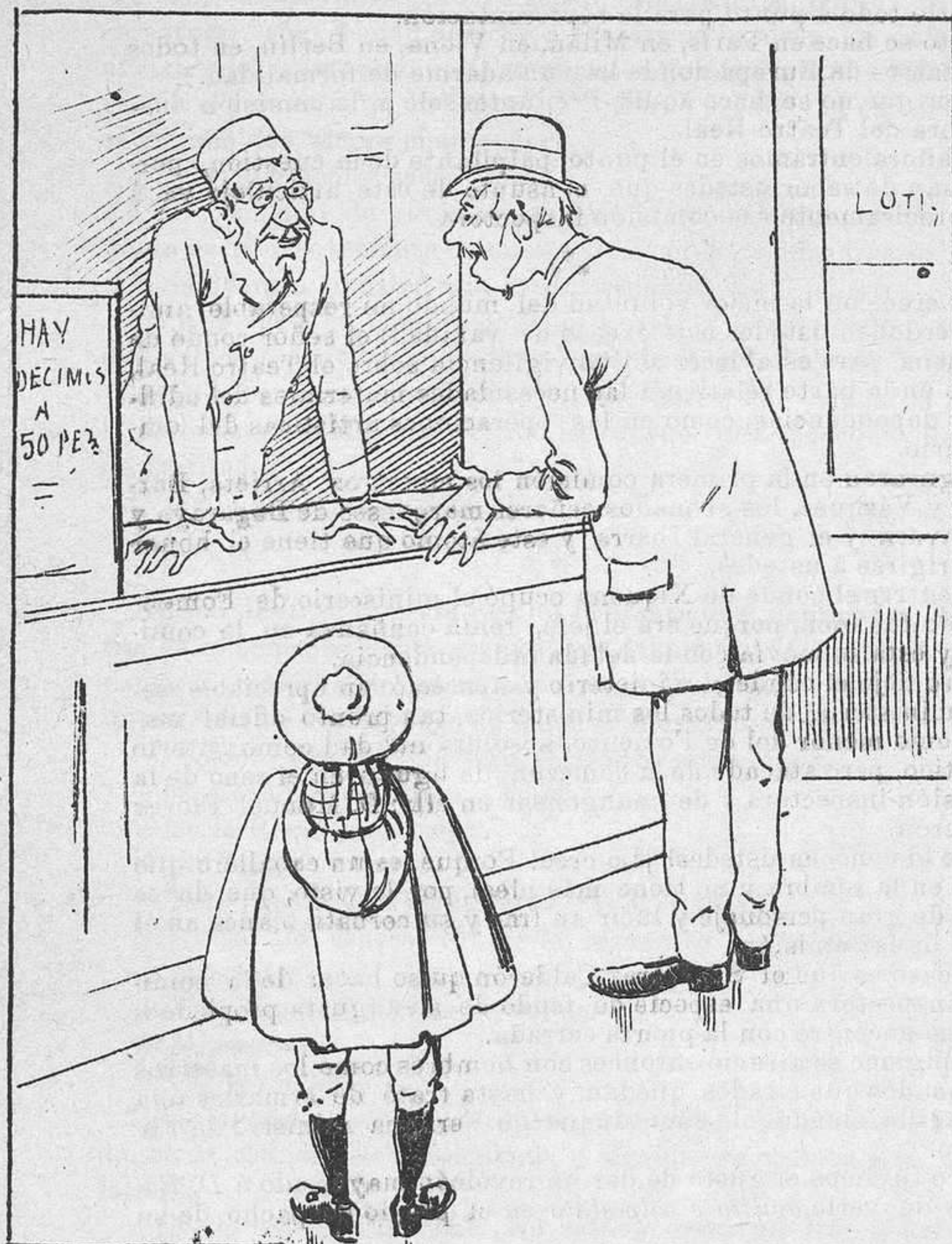
Los señores críticos de tercera clase esperando el estreno de la última obra de D. José Echegaray.



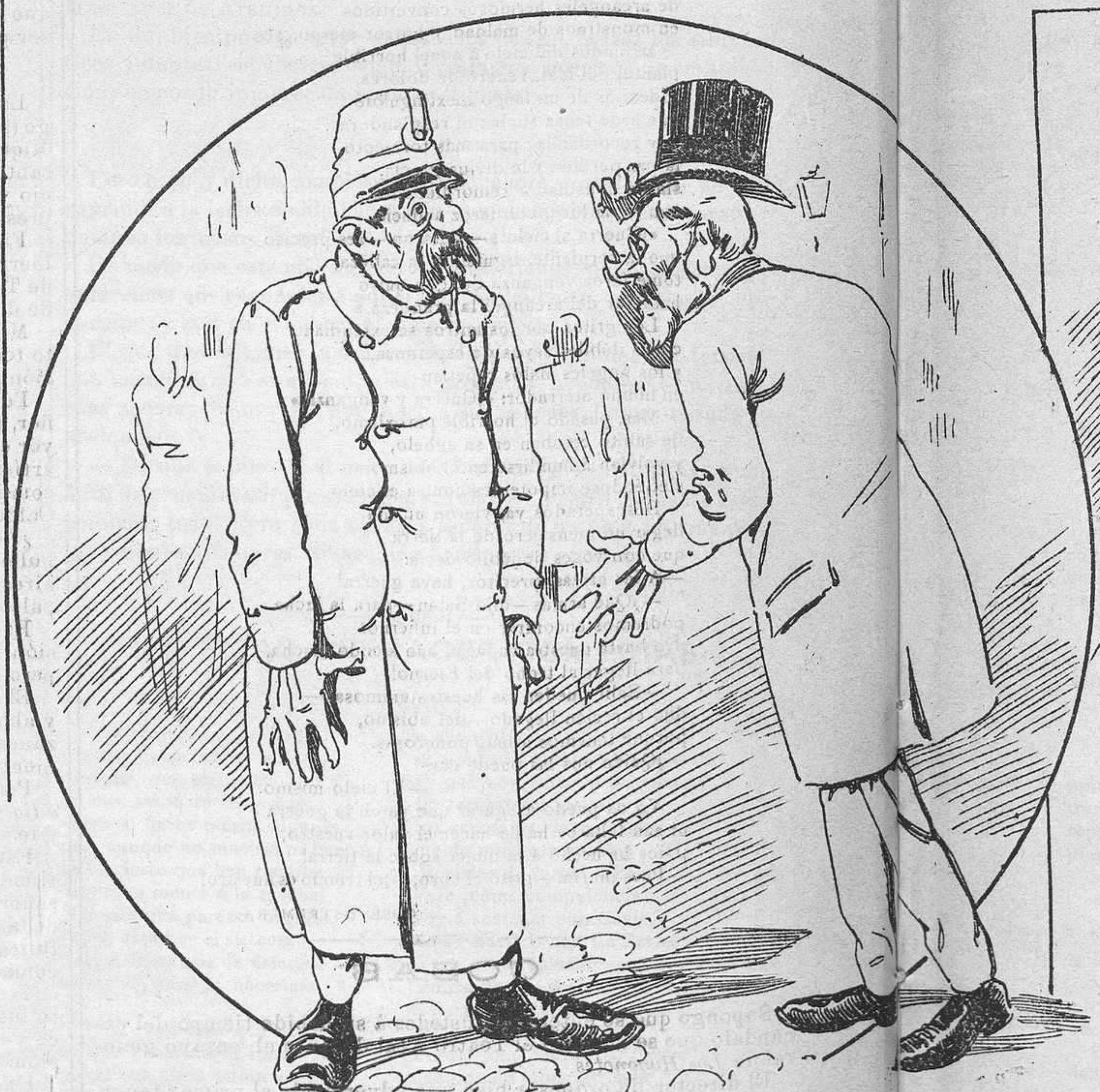
Los mismos señores críticos al día siguiente.



Así hubieran pasado las Pascuas los concejales si D. Antonio Cánovas no hubiera cortado las cuerdas.



—Diga usted, ¿cuánto cuesta un décimo para la lotería de Navidad?
 —Cincuenta pesetas.
 —Y si me toca el reintegro, ¿cuánto me dan?
 —Cuarenta y nueve y media.
 —Pues entonces que no digan que es reintegro.



—Guardia, ¿es verdad que el señor gobernador ha prohibido que las funciones de los teatros acaben después de las doce y media?
 —Sí señor.
 —Pues dígame usted que falta una cosa para completar la orden.
 —¿Cuál?
 —Que nos diga a qué nos tenemos que acostar, y con quién.



—Yo me voy a casa enseguida, por si me llaman a jurar a Palacio.
 —Lo peor es que te coge sin ropa a propósito.



Menú del banquete de los oficiales de infantería: cien docenas de cangrejos para el puré. ¿Quisiera yo ver lo que los cangrejos dicen ahora de la Inmaculada Concepción!...



Actividad inmensa desplegada estos días por la prensa

Pero allá van leyes do quieren Calderones. No solamente quedó incumplimentada la orden, sino que, según parece, D. Manuel y algunos consortes se encargaron de llenar la sala en los ensayos generales con deudos, parientes, amigos y conocidos.

Y el nunca bien ponderado parásito sigue mangoneando dulcemente y ostentando aires de Jehová oculto de la comisión, con gran mortificación de sus dignos individuos.

Lo extraño es que siendo ministro el Sr. Linares Rivas, persona muy aficionada é inteligente, y entusiasta, según me han dicho, de Wagner, consienta que un Bekmesser se haga dueño de la cofradía de los maestros cantores y destrone á Hans Sachs.

Hans Sachs es naturalmente, en este caso, el actual ministro de Fomento.

No voy á meterme aquí á juzgar á la comisión inspectora, que puede prestar excelentes servicios en la parte puramente material, pero cuya inutilidad en la parte artística es evidente, y tiene forzosamente que serlo.

Lo único que habría que hacer, en mi opinión, es extirpar esa solitaria Flórez Calderón, que come todo el jugo de la comisión inspectora, entorpece sus trabajos y molesta continuamente con su impertinente intervención.

¿Por qué no suprime el Sr. Ministro la comisión inspectora y nombra á D. Manuel Flórez Calderón inspector general del regio coliseo?

Ya que el Sr. Linares Rivas es wagnerista y gusta mucho de *Tannhäuser*, haga de Isabel con el acicalado Wolfram del ministerio y arroje del Venusberg de la comisión inspectora á los Tannhäuser que hay en ella.

Las liras de los pecadores suenan á hueco y la de Wolfram entona endechas amorosas á la diosa del Amor. ¡El mundo al revés!

La ocasión no puede ser más oportuna. Don Manuel no debe ser nada, no debe ser nadie en el seno de la comisión y, sin embargo, lo es todo.

El Teatro Real le pertenece, el palco es el oasis de la eminencia gris; él va, viene, toma, manda, dispone, hace, deshace, eterniza las resoluciones, tiene en sus manos los hilos de la trama, es el *Deus ex machina* del argumento, el nudo de la acción.

¿Por qué lo consienten el director de instrucción pública y el ministro de Fomento? Aquí de los mexicanos: Y bien, señor, ¿quién sabe? El caso es que D. Manuel tiene metidos en el bolsillo á los jefes y es el autócrata de la comisión y principal adorno del palco de la misma.

¿Sobra ella ó sobra él? Yo creo que está de más la comisión susodicha y debe fundirse y encarnarse é idealizarse en la egregia y conspicua persona del Sr. Flórez Calderón.

Vamos, señor ministro, oiga V. E. á Wolfram:

*Tu sol sublime amore
Puoi l'estro mio destar,
Tu regni nel mio cuore
D'amor celeste al par.*

Apague V. E. los ardores del caballero de Escimbach; cásele V. E. con el regio coliseo.

Yo daré la bendición nupcial á los novios y los individuos de la comisión compondrán el epitafio, digo, el epitalamio.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

P. D. Compuesto este artículo, ha caído del poder el partido conservador y ha dejado de ser Ministro de Fomento el Sr. Linares Rivas. A lo dicho me atengo, sobre todo si es wagnerista su sucesor.—P.

¡QUÉ TONTERÍAS SE SUEÑAN!

Anoche tuve un sueño raro y curioso, pues soñé que al morirnos era forzoso distribuir del cuerpo los componentes entre los conocidos y los parientes. Y aunque yo me sentía bastante vivo, otorgué el testamento que aquí transcribo:

«Al cabo de consumos José Celada le dejó mis *dos ojos*, que no ven nada; la *nuez* á doña Petra Cascabelillos, que siempre lleva nueces en los bolsillos; á mi buen limpiabotas Perico Infantes le dejó mis *dos cejas* exuberantes, pues con ellas el día menos pensado puede hacer dos cepillos para el calzado. ¿Y el *ombliigo*? Quisiera dárselo á alguno; mas no puedo dejarle para ninguno, porque, según mi madre me ha referido, le *di* á los pocos días de haber nacido. A mi sobrina Patro, *chica* excelente que posee cuatro lenguas correctamente, quiero mi *lengua* darle, con lo cual Patro poseerá cinco lenguas, en vez de cuatro. Le dejó á mi casero todo el *banduilo* con su correspondiente suave murmullo. Lego al maestro de obras José Barbecho, por si puede servirle, mi *pie derecho*,

y además, para alguna casa sencilla, mi vertebral *columna*, que es fuertecilla. Dejo el *pelo* á mi jefe don Juan Machuca, ya que él me ha echado en vida tanta peluca. A mi sirvienta Carmen, una *rodilla* para limpiar los trastos y la vajilla. Lo demás de mis *remos* (piernas y brazos) se lo dejó al marino Ramón de Pazos, y dejó mis *vacios* á la portera, para que ella los llene de lo que quiera. Dejo á mi pobre amigo Cornelio Balsa el usufructo de una *costilla falsa*, que haga *pendant* con otra del mismo corte de quien es hace tiempo dulce consorte. *Corazón y pellejo* legar quisiera; pero ya no es posible, ya no hay manera; que el corazón ha tiempo me lo han robado las veintinueve novias que Dios me ha dado, y el pellejo, aunque á nadie causé perjuicio, me lo han quitado á tiras los de mi oficio. A mi viejo maestro don Blas Quiñones las dos terceras partes de mis *riñones*, aunque temo que un día, de dos bocados, se los coma seguidos ó salteados. A las monjas de Olvera dejó mi *cráneo* para que, con licencia del sufragáneo, le hagan pasar por cráneo de san... cualquiera y le adoren los tontos que hay en Olvera. Y los *demás pedazos* de mi persona se los dejó á la chica de mi patrona; pues recuerdo que un día, presa en mis brazos, dijo que estaba muerta por mis pedazos.»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

NO TRASNOCHARÁS

Tiene mi maridito
venas de loco;
unas veces por mucho
y otras por poco.
(Copia popular.)

Nuestras autoridades—de las de Madrid hablo, aunque tal vez lo que de ellas diga pueda referirse á las de otras partes,—nuestras autoridades, vuelvo á decir, se parecen mucho á ese *maridito* de que habla la copilla; tienen real y verdaderamente venas de loco (ó de locas). Que los panaderos nos hacen pagar muy caro un pan muy malo, pero falto de peso; corriente. Que en vez de leche y de vino y de otros artículos de beber nos propinan venenos; como si tal cosa. Que los carboneros nos traen á domicilio quintal de cok que solamente tiene tres arrobas; lo mismo les da. Que en las fuentes hay cieno en vez de agua, ¡pehs!.. Todo eso vale muy poco y no merece que las autoridades piensen en remediarlo, siendo así que tienen tantas otras cosas gravísimas á las cuales dedicar su tiempo y su trabajo.

Nuestras diversiones, por ejemplo.

Porque al fin y al cabo, sin comer, sin beber, ó comiendo mal y bebiendo peor, podemos pasar; pero sin divertirnos, ¿cómo?

Y así se da el caso de que en el ministerio de Fomento no se piense, ni haya soñado nadie siquiera en arreglar eso del depósito de las aguas (que, entre paréntesis, el día menos pensado nos van á dar un disgusto gordo), pero no se olvide ningún año la importantísima tarea de examinar el elenco de la compañía de ópera italiana que ha de *actuar* en nuestro *Regio Coliseo*. Es cierto que, apesar del examen, las compañías suelen resultar malas; pero eso no quita fuerza al razonamiento. Es evidente que para el señor ministro de Fomento (sea quien fuere) interesa más al pueblo de Madrid tener buenas tiples en el Real que beber agua pura en la mesa.

También nuestro excelentísimo ayuntamiento—y no me refiero solamente al de ahora—estudia con detenimiento las condiciones de las compañías dramáticas que han de funcionar en el llamado Teatro Español, y no se cuida de averiguar si podría suprimirse el odiado, y además escandaloso, impuesto de consumos.

En esto de normalizar nuestras diversiones, moralizándonos al propio tiempo, hay una disposición que periódicamente se reproduce y que periódicamente también cae en desuso, como les sucedía á las famosas leyes de Dracon, si bien esta de ahora no está escrita con sangre; me refiero á la orden que de cuando en cuando dan los gobernadores civiles para que las funciones teatrales concluyan á las doce, ó á las doce y media, ó á la una, y así sucesivamente, según que el señor gobernador de turno es más ó menos aficionado á trasnochar.

El señor gobernador de ahora (que no sé si lo será cuando esto se publique), á quien no tengo la honra de conocer por cierto, no podía faltar á esta costumbre inveterada, y, en efecto, no ha faltado á ella, y adoptando un término medio, impone á las empresas teatrales la obligación de terminar los espectáculos á las *doce y media*; amenazándolas con sendas multas como castigo á las dos primeras infracciones y con la clausura del teatro á la tercera.

¡Caracoles! Pero ¿puede hacerse eso? ¿Es posible que, en virtud de una disposición gubernativa, se deje así tranquilamente en la calle á las familias que en esos teatros ganan honradamente sus subsistencia?

A mí me parece que eso de la clausura no es hacedero; y si no lo es, entiendo que la amenaza resulta ineficaz. Pero, señor, me pregunto siempre que las autoridades mandan esas cosas, ¿qué más dará á nadie que las diversiones se concluyan un cuarto de hora después ó un cuarto de hora antes?

El que no sea dado á trasnochar, se sale del teatro antes que la función termine ó va á las funciones de tarde, y santas pascuas.

¿Se busca con esto la comodidad del público? Pues esa comodidad á nadie interesa más directamente que á los empresarios, los cuales, si advierten que el público no acude á las obras que acaban tarde, harán lo imposible para terminarlas temprano, aunque ningún gobernador se lo mande.

¿Se aspira á moralizarnos, á mejorar nuestras costumbres, á habituarnos á madrugar?

¡Ay! ¡Ay! Eso no se conseguirá nunca obligando á las empresas á dar funciones recortadas ó á suprimir actos de las obras demasiado largas; porque después del teatro va cada cual adonde le parece, ó anda por las calles hasta que le acomoda; digo, mientras no se resucite la costumbre de tocar á queda y á cubre fuego para todos los ciudadanos. ¿Vamos á eso?

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

MINIATURA

Se hartaba de gritar la pobre vieja
junto al clásico humilde tenderete,
pregonando castañas calentitas
una tarde horrorosa de diciembre.

Tiritaba á su lado un rapazuelo,
de un raído mantón entre los pliegues,
mirando ansiosamente en el hornillo
los resplandores de la llama tenue.

Y pasaba la gente apresurada
y al miserable grupo indiferente
sin pensar en castañas, solo huyendo
de las continnas ráfagas de nieve.

En soberbio carruaje, que guiaba
un cocheró lustroso, envuelto en pieles,
avanzó una mujer joven y hermosa
sentada en el cojín, lánguidamente.

Era un ángel... caído. Una muchacha
presa del vicio en las doradas redes,
con la mirada impúdica en los ojos
y el cutis con las huellas del afeite.

Tiró del cordoncito, paró el coche,
llamó á la vieja y saludó riéndose,
mientras el chico sucio y harapiento
miraba con asombro los arneses.

Se levantó la castañera, y dijo:
—Vamos á hablarla, puesto que ella quiere.
—¿Esa es mi hermana, madre?

—¿La conoces?

Sí que es tu hermana... ¡pero no la beses!

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

En el número 9 de nuestro querido colega *Monigotes* leemos lo siguiente:

«MONIGOTES

B. L. M.

Al MADRID CÓMICO, decano de la prensa festiva, y tiene el honor de rogarle dé contestación á esta pregunta: ¿El Director de una publicación cualquiera tiene derecho para reproducir en el suyo los dibujos de otros periódicos, sin consentimiento expreso?

Monigotes aprovecha esta ocasión, etc., etc.»

A lo cual contestamos con la solemnidad propia del caso:

MADRID CÓMICO

B. L. M.

A su compañero *Monigotes*, y tiene la honra de participarle que, en su opinión, y en la de todo el mundo, es un delito apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y que, por lo tanto, no se puede ni se debe reproducir en un periódico dibujos de otro, sin permiso del autor ó propietario, y siempre diciendo de dónde y de quién se toman.

MADRID CÓMICO aprovecha también esta ocasión, etc., etc.

El Ilmo. Sr. Cardenal Monescillo ha compuesto una salve para uso de la infantería.

Supongo que la habrán ustedes leído á estas horas, y opinarán como yo que... vamos, que bien se estaba San Pedro en Roma, y que era mejor la que teníamos antes.

Porque la nueva parece cosa de devocionario cursi, dicho sea con el debido respeto.

Y la otra tenía la ventaja de servir, no sólo para infantería, sino para las armas especiales.

Pues señor, ha habido otra crisis.

Yo lo he sentido por el señor ministro de la Gobernación, el gobernador y el alcalde.

Vinieron á salvar la patria en días difíciles y no les han dejado consumir la suerte.

Y menos mal que al señor ministro le quedan 30.000 reales de cesantía por la gracia de ir un par de días al despacho.

Pero á los Sres. Peña Ramiro y Peñalver, ¿qué les queda?

¡Ay! el amargor de la boca.

Es en amor el principal encanto
la venda que Cupido
pone en los ojos al galán rendido;
si no le aprieta tanto,
que siga con la venda al ser marido.

Era tan pura y virtuosa Estrella,
que el confesor se confesó con ella.

J. SANJUÁN Y CAVA.

Libros:

Fantasia, ensayo poético de nuestro colaborador D. Francisco Aguado Arnal, leído en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza en las fiestas del centenario.

Adán y Compañía, cuadros históricos del inagotable Eduardo de Palacio, que ha vertido en este libro la sal con que le dotó la Providencia. Los dibujos son de *Mecachís*. Con estas dos cosas está dicho todo. Precio: 2 pesetas.

Incoherencias poéticas, colección de lindísimas composiciones de D. A. Fernández Casado. Precio: 1 peseta.

Memoria de la inundación de 1879 en Murcia, Alicante y Almería, redactada por la junta de socorros de los vecinos de Madrid.

Danza de monos se titula el último libro publicado por la acreditada casa editorial de Fernández Lasanta. Le compone una colección de chispeantes artículos de nuestro colaborador Manuel Matoses, ilustrada con profusión de dibujos de Pons. Cuesta 3,50 pesetas, y se venderá seguramente como pan bendito.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Muley Avas.—Tienen la única ventaja de estar bien medidos... por lo general, pero en cambio tienen una porción de inconvenientes: asonancias, versos forzados, trasposiciones violentas... en fin, les falta espontaneidad y soltura.

El camarero.—Les sobra de idealidad lo que les falta de ortografía. Y váyase lo uno por lo otro.

Aceite y vinagre.—Sí, puede figurar entre los de los más renombrados autores... que se coman las sílabas.

Sr. D. A. M.—Ya, ya se conoce que está escrito eso en un momento de locura.

Sr. D. J. F. de la R.—Barcelona.—Pues sí, llegó, aunque parezca mentira. ¿Recibió usted las cuartillas devueltas y la carta explicatoria?

Sr. D. M. M.—Agradezco sinceramente y muchísimo la dedicación del poema.

Sr. D. del P.—Concedido el permiso desde luego, y muchas gracias por la honra.

Fierabrás.—Copiaré la primera estrofa para que usted mismo se convenza de que está mal medida:

«Te vi pasar diáfana cual la nube
que en mi ilusión mi mente sonreía,
por el amor que yo por tí sentía
¡un gozo soñé! cual nunca tuve.»

¿Le suena á usted bien? ¡A que no, vaya!

El mismo del otro día.—Tenía razón el amigo. *Bien puede no lo estar*, es un giro asturiano de pies á cabeza.

Sr. D. R. D.—No puedo aprovechar nada. La carta abierta tiene en contra la vulgaridad espantosa del asunto.

Sr. D. A. C.—Huya usted de la irregularidad en las asonancias, porque para permitirse esas libertades se necesitan mucha autoridad y buen oído.

Colorín.—A pesar de la crisis actual no son consonantes *asista* y *visita*. Hay que esperar á que se consolide esto.

Una persona decente.—Sí se recibió, pero no nos pareció publicable, por la índole del asunto.

Zarina.—Siento mucho no poder admitir artículos. Pero tenemos tantos!

Sr. D. R. B.—Valencia.—Tampoco puede entrar en turno; fíjese usted, además, en que al verso: «Ya había mojado la goma» le sobra una sílaba. Y es mala señal esa de que sobre.

Sasvibide.—La composición quiere estar en octosílabos y... por casualidad parece uno. Lo cual es un defecto de los más garrafales, en mi humilde opinión.

Sr. D. A. T. F.—¿No se ha fijado usted en lo que abundan las asonancias en *ta*? Hay humorada en que todos los versos las tienen.

¡Ja, ja, jai!—Eso quisiera yo, reirme; pero no puedo porque no me gusta burlarme de los versos que no tienen la medida que el reglamento exige.

Sr. D. R. S.—Están sentidos efectivamente, pero como casi todos los poetas se han hallado en situación parecida, resulta que casi todos han hecho cosas parecidas. Y de ahí la vulgaridad de que adolecen.

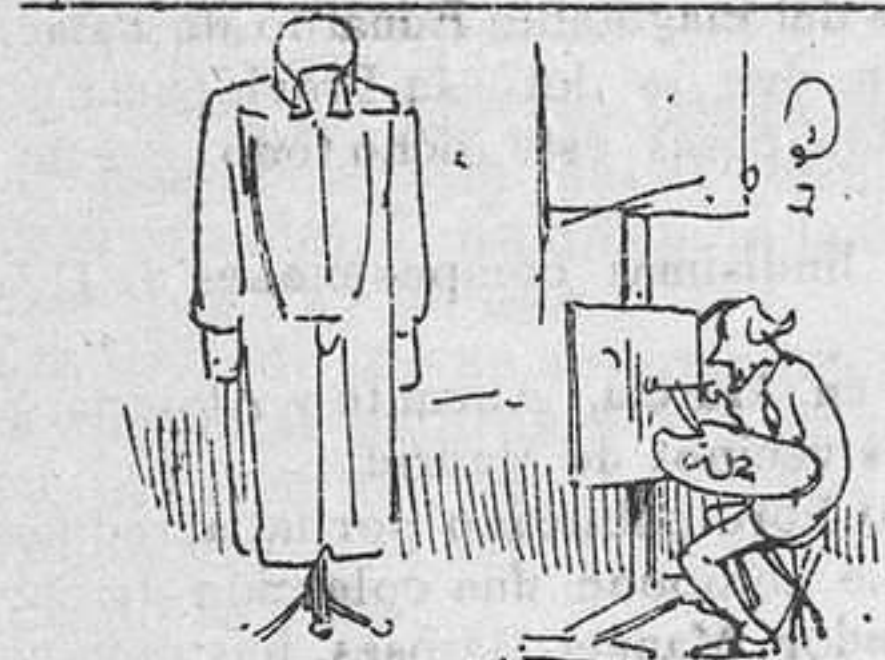
ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



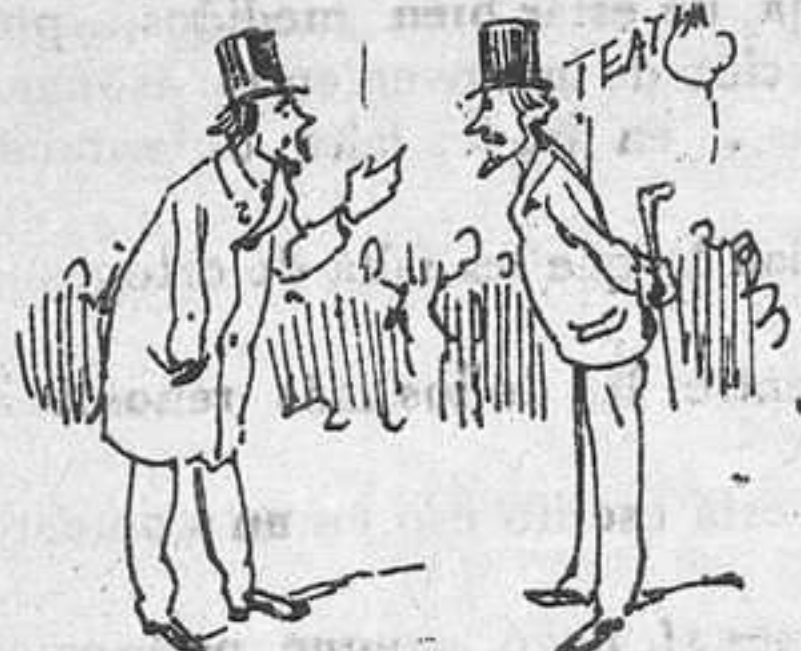
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES



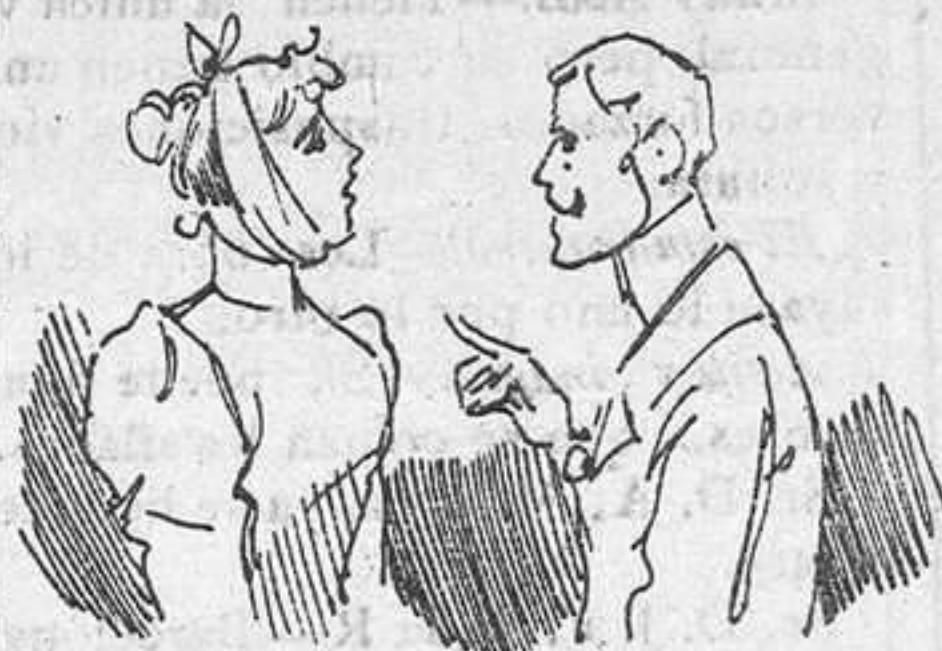
Las camisas de Martínez pueden servir de modelos. ¡Qué faldones! ¡qué pecheras! ¡y qué puños! ¡y qué cuellos!
San Sebastián, 2.



Cuando yo deje el poder, que no quiero pensar cuándo, me consolaré tomando cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.



—Si mi drama no hace fiasco y gusta, como supongo, me voy a comprar un hongo de M. García Carrasco.
Carretas, 26.

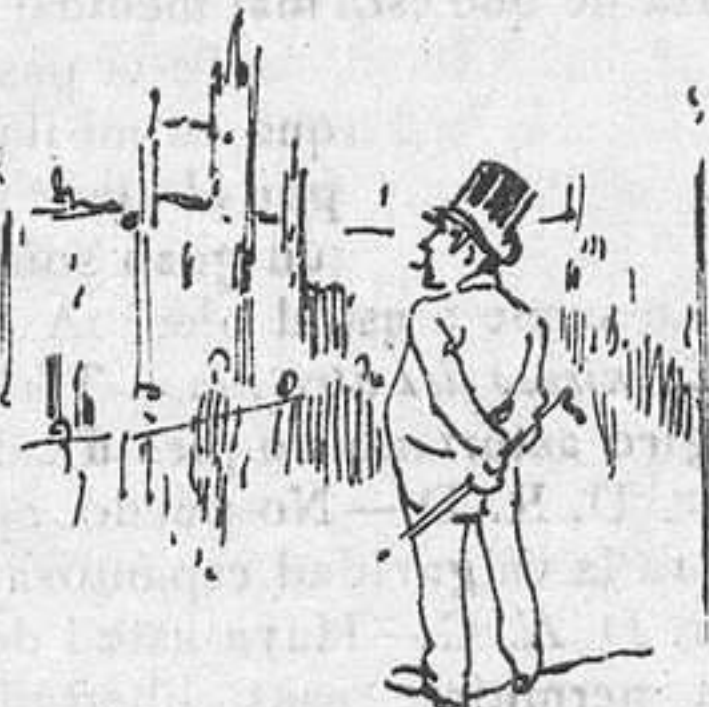


—¿Te duele una muelecita? Pues es caries, de seguro; vete a Tirso, lleva un duro y al momento se te quita.
Mayor, 73.



Si quiere, puede jurar la simpática Indalecia que se curó la alopecia con quina de Palomar.

Fuencarral, 24.
Droguería y perfumería.



Mucho le gusta a don Blas la catedral de París, pero le gusta el Anis del MADRID CÓMICO más.

Vicente Lóbez.—Zaragoza.



—¿Es por su inteligencia privilegiada por lo que tiene Tello tanta fortuna?
—No; ¡porque le criaron en una cuna Del Bazar de la Plaza de la Cebada! Número 1.



—¡Una desgracia! Un suicida.
—Y ¿no se sabe quién era?
—Pues se supone en seguida que es persona distinguida, porque el traje es de Pesquera.
Magdalena, 20.



La irritación de la vista sólo la puede curar (según un especialista) la Colonia Palomar.

Fuencarral, 24.
Droguería y perfumería.

Biblioteca del MADRID CÓMICO

FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEIRA
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS

por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

Album de cincuenta cartulinas,
encuadrado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI

por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

por J. PÉREZ ZÚÑIGA, dibujos de CILLA,
MECACHIS Y GROS.—Precio, 3 pesetas.



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID